

EL GEN DE LA ESTUPIDEZ  
POR  
MAURICIO

La semana fue increíblemente buena. Su grupo de científicos, consiguió aislar el gen de la estupidez, y dar paso a la creación de fórmulas para su tratamiento y posterior erradicación. El porvenir se presentaba esperanzador.

Víctor, formaba parte muy activa en el equipo que había desentrañado el enigma del gen de la estupidez. El muchacho era un adicto trabajador, pero su vida social carecía del más mínimo atractivo. Siempre ocupado en sus estudios e investigaciones, no había desarrollado relaciones sociales fuera de su ambiente laboral. Era extremadamente tímido, pero se convertía en una persona violenta y agresiva si abusaba del alcohol o coqueteaba con las drogas.

Condujo su descapotable Astra Bertone hasta una céntrica plaza, cerca del ambiente joven de aquella ciudad, y aparcó en un hueco apropiado para poder salir luego sin problemas. Se precipitó con premura hasta un “pub” con ambiente pegajoso y olor a trasnochada, donde encontró a tres de los pocos amigos que frecuentaba con cierta irregularidad.

El “pub”, poco acogedor y con la música demasiado estridente para su gusto, estaba poblado por las aves nocturnas de siempre, con caras de sonrisas bobaliconas, originadas por la felicidad que producen las primeras copas. Aunque su intención era de no correr con la bebida, se precipitó hacia la barra como un poseso para conseguir, lo más rápidamente posible, el estado de estupidez inducida de sus compañeros. La idea obsesiva que bullía en su cabeza, aquella noche, era ligar con alguna “pibita” de las que pululaban por allí, para salir del estado de sequía sexual en la que llevaba anclado desde hacía mucho tiempo.

Para vencer su natural timidez, debía calcular con gran exactitud la dosis de alcohol necesaria para que no aflorara su faceta agresiva. Lo que pasara después estaba todo medido: *pavita* que se deja caer, sacar de sus adentros la apariencia tímida- festiva de niño bien; miraditas cálidas y, poco a poco, sin tomar nada más, ir alejándose de miradas indiscretas, cambiar impresiones para ver si valía la pena, y el resto ya sería pura rutina.

Cayó en sus redes una muchacha bastante agraciada, de pelo sedoso y fina dermis, pero que, por su forma de comportarse, le aventajaba en dos cubatas. La chica que engullía su bebida con la rapidez de un desagüe alcantarillado, animó al muchacho a vaciar constantemente sus vasos; y lo que empezó con un plan tipificado, fue derivando a un despropósito total. A la par que el alcohol hacía mella en su cerebro, iban desapareciendo todas las buenas intenciones del plan estudiado con anterioridad: lo que fue simpatía y aplomo, se convirtió en vulgaridad y actitud grosera, casi delictiva. Así, de esa manera, a lo que quiso reaccionar estaba borracho y solo, apoyado sobre la barra del bar y en trance de quedarse sin conocimiento.

Al separarse de la barra del bar, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Al requerimiento del camarero, interesándose por su estado, Víctor, le espetó tal sarta de impropiedades que al *barman* no le quedó más remedio que avisar al encargado del establecimiento y

después de intentar calmarlo sin conseguirlo, le invitaron a que saliera del bar con la excusa de que iban a cerrar. Cuando salió a la noche estrellada, el firmamento giraba vertiginosamente sobre su cabeza. Tuvo que apoyarse en el quicio de una puerta para no caer al suelo. Quedó momentáneamente inconsciente.

Cuando volvió en sí, y pudo reaccionar, la borrachera todavía le producía estragos en su raciocinio. Buscó, a duras penas, lo que le quedaba del recuerdo para intentar localizar el lugar en el que había aparcado el coche. Con mucha paciencia, casi por casualidad, encontró su Astra; necesitó un esfuerzo sobrehumano para entrar en él y tomar conciencia de donde se encontraba.

Como si estuviera dentro de un sueño en duermevela, localizó los mandos del coche y tras varios intentos logró introducir la llave en el contacto y arrancar. Maltratando la caja de cambios del vehículo, consiguió que el coche se desplazara a duras penas hacia una noche sin apenas visibilidad, por una carretera más imaginaria que real.

Comiéndose el parabrisas y abrazado al volante, condujo ora bordeando la cuneta, ora ocupando el centro de la calzada, en un continuo y arriesgado zigzag, hasta que le venció el sueño y el coche quedó descontrolado y al capricho del destino. Después de varios quiebros el vehículo se precipitó al vacío, destrozando las protecciones quitamiedos de la vía. Tras el violento impacto, sin apenas enterarse, Víctor, perdió el conocimiento y durmió de golpe.

*Quiso despertar al oír gritos lejanos de personas que daban órdenes incomprensibles en un idioma que le era familiar, pero que no entendió, y extrañas luces lejanas que giraban a gran velocidad. Volvió, casi de inmediato, a sumirse en una inconsciente ensoñación, donde solo flotaban, de manera estrafalaria, las extrañas luces de colores.*

*No comprendía nada. No sabía distinguir entre ensoñación y realidad. Volvió a escuchar las voces un poco más cercanas, pero su intenso mareo no le dejaba discernir nada. El desmayo le sobrevino de pronto y solo quiso reaccionar cuando una sombra, que no pudo reconocer, lo zarandeó insistentemente aunque con delicadeza.*

*Una sensación de inseguridad y vértigo se apoderó de él al ser alzado en la camilla camino de la ambulancia. Pudo adivinar en la lejanía, de manera deformada, alguna voz animándolo a seguir despierto. Quiso contestar, pero el hilo de voz que intentó emitir, quedó atrapado entre las grietas reseca de su garganta. Fue como un relámpago, durante los pocos segundos que tuvo sensaciones aún abotagadas por el alcohol. Tan siquiera escuchó la sirena del vehículo asistencial que lo llevaba, cuando se perdía en la noche.*

*Salió brevemente de la inconsciencia y la confusión se adueñó de él: no sabía dónde estaba ni que había sucedido. Sus entornados ojos toparon de frente con una luz cegadora que giraba sobre sí misma y en su semiinconsciencia pudo escuchar nuevas voces, esta vez más identificables, como de gente nerviosa: manchas humanas blancas*

*y verdes y mucha actividad flotando alrededor de su persona. Empezó a sentir un incipiente sabor cálido y salado, casi ferroso, que salía de su boca.*

*Despertó antes de tiempo. El cirujano que estaba recomponiendo su maltrecho cuerpo, tuvo que apremiar al anestesista para que aumentara la dosis de sedación del accidentado, pues empezaba a recuperar la conciencia. La borrachera iba remitiendo y daba paso a una terrorífica realidad. Poco a poco, notó los tubos endotraqueales que entraban por su nariz y boca y una náusea infinita le subió el estómago a la garganta. Estaba completamente inmovilizado y su capacidad de respuesta mínima. Cada vez que recobraba el sentido, el pánico se apoderaba de él. Pronto, el buen oficio del anestesista surtió efecto. Víctor, volvió a caer al abismo inconsciente.*

*Cuando quiso volver de nuevo en sí, solo pudo sentir sobre sus lacrimosos ojos la luz hiriente y cegadora. Una sensación de paz infinita y felicidad total, invadía todo su ser. Al cabo, oyó voces lejanas y, entre ellas, distinguió alguna conocida que lo llamaba insistentemente. Luego murmullos y llantos. De repente, la luz blanca cegadora fue apoderándose de todo, dirigiéndose hacia un túnel interminable y difuso... Después silencio y olvido.*

*Para Víctor, el gen de la estupidez, a cuyo estudio dedicó su vida, se aisló demasiado tarde.*